



Getsemaní...

Era la noche triste... Lloró Getsemaní,
cuando en la calma mustia de sus viejos olivos
puso una flor de duelo el Divino Rabbí...
y en la entrada triunfal los hosannas festivos
pasaron sin posarse sobre su frente gris.

En la faz del Maestro, que bañaba la luna,
se enraizó la amargura, que floreció en una
lacerante agonía...

En la frente tejieron unos hilos furtivos
de su sangre, un sublime misterio de dolor;
y en los campos del mundo su visión de Mesía
el olvido y las penas en haces recogió...

Oh Jesús! que en la noche dolorida del huerto
de nuestra gran miseria penetraste en la hondura;
dame a gustar un sorbo de tu inmensa amargura,
y que en tu rostro pálido—que la sangre ha cubierto,
ponga mi beso ardiente—rosa de mi ternura.
Como apóstol ingrato no permitas que duerma,
cuando velas y lloras, y el ojo enemigo
a las sombras taladra. Permanece conmigo,
—que está pronto el espíritu, mas la carne está enferma—

El alma tengo rota por la senda de abrojos,
y el cansancio del viaje se ha aferrado a mis ojos;
si es posible, que pase este cáliz amargo,
donde las hieles todas fué arrojando la vida.
Jesús! estoy cansado, mi sendero es tan largo!
y mis plantas desnudas no son más que una herida.

Dame la fortaleza de tu noche de angustia
y sudores de sangre; y revivirá la mustia
roja flor de mi vida a su riego bendito.

Sobre la calma bruna
del olivar marchito

derramó su perfume de luz blanca la luna;
y un rayo furtivo, como pena secreta
en un alma muy negra, penetró en la espesura...
y como estrella cándida entre la noche oscura
CLAREO DEL MAESTRO LA PALIDA SILUETA.

Pbro. Luis Ed. HENRIQUEZ,